

Teresa de la Garza Viejo: la transición poética

Arnulfo Vigil

La tradición de la poesía en Nuevo León obliga a dejar las pieles desgastadas por el uso y abuso de las formas tradicionales en aras de los nuevos aires provenientes de otras latitudes en clara promoción del verso libre, que implica despedida de la rima, del metro encajonado, de palabras provenientes de otros discursos que se incorporan a la poesía. Los cisnes, los diamantes, los frutos almibarados, los perfumes de jazmines y los ayes quejumbrosos se guardaron en los baúles del recuerdo.

Para 1950, la poesía toma nuevos cauces. Al igual que los hombres, las mujeres poetas dejan salir de sus plumas retoños de nuevos jardines, a ampliar los márgenes de la versificación consabida, a pisar suelo, y a desafiar los cánones académicos. Y un factor que bullía como preocupación constante, toma cartas de naturalización: la condición de la mujer. Ahora es más participativa en labores distantes del hogar: las cuestiones sociales, la inclusión política, el trabajo, la educación formal hasta alcanzar la profesionalización, la incursión numerosa en el periodismo. Y la poesía, poco a poco y no sin tropiezos, aborda esos nuevos temas y luce, brilla, uno insólito: el erotismo. Ya no es el amor romántico al pie del balcón o los besos de miel otorgados en lo oscuro. Ahora la mujer avanza en la iniciativa amorosa que conlleva la comunicación no sólo de sentimientos sino de sensaciones físicas, placenteras.

Pero es una transición a la democracia de la poesía. Poco a poco se abren las ventanas de la creación literaria con nuevos silbos y un universo por descubrir. Los moldes o modelos de la tradición poética prevalecen en menos cuantía y se afina una liberación que tiempo después alcanzará altitudes insospechadas.

Una poeta, Teresa de la Garza Viejo camina no con pies de plomo (la figura es demasiado grotesca para ella) sino con el cuidado de no pisar los pétalos de las flores inmarcesibles entre un pasado aún con los ojos abiertos y un presente que reclama riesgos, donde bien se puede perder la vida. Inicia una apertura de puertas que conducirán al verso librismo, a la condición de la mujer expresada en palabras propias y a la tendencia de la poesía como canto.

Teresa de la Garza Viejo nace en 1933 en Monterrey, Nuevo León. Desde muy joven se interesó por las letras y por algo poco frecuente: las artes gráficas. A tierna edad comienza a trabajar en imprentas, como formadora, negativera, correctora de galeras, supervisora de la calidad en la impresión en plomo. Recorre todas las áreas de las artes gráficas, actividad a la que aún se dedica. Perteneció al taller literario de la Facultad de Filosofía y Letras, coordinado por Carlos Arredondo; está incluida en la antología del *Primer Festival de Poesía Nuevo León*, en 1993, que es la memoria de ese evento publicado por la subsecretaría de cultura del gobierno del estado en 1984; además de otras publicaciones. Sostiene desde hace años y hasta la fecha una columna en la revista *Contexto gráfico*. En su imprenta, en su calidad de editora, ha publicado decenas de libros, en particular de poesía, sobre todo de mujeres. Es autora del libro *Escritos en el tiempo*, en el que reúne cuentos, poemas y artículos literarios.

De ella refiere con voz aterciopelada Roberto Maldonado Espejo: “y como le tocaron los grandes cambios en cuanto a las féminas se refiere, encontró en la contención una discreta forma de ser moderna. Así pues, esa casta antigua devino en Tere la mujer actual, moderna y sensiblemente culta. Ella no pudo haber sido francotiradora intelectual, terrorista literaria o feminista